

sangre en los campos y en los patíbulos, sin que los llamados representantes del pueblo levantásen la voz para pedir cuenta de tantos excesos. Y en tales circunstancias se preconizaba la inocencia de los ministros, porque no presentaban acusadores de sus delitos. ¿Puede llevarse á más alto punto el ultraje de un pueblo y el desprecio de la razón pública? No recordemos la más insultante irrisión con que se denominaban leyes de amnistía las sentencias fulminadas en el santuario de la Representación Nacional contra los fieles servidores de la Patria. A los destierros, á las confinaciones indefinidas, propuestas por el Ministro-Alamán y acordadas por sus cómplices y sectarios, se daba el irritante nombre de medidas de pacificación, como si la esencia de las cosas pudiera variarse con la misma facilidad que sus denominaciones.

Tantos atentados y crímenes encendieron más y más el fuego sagrado de la guerra; y no obstante que para apagarlo se emplearon todos los recursos del Estado, la inmoralidad del Gobierno acudió para aumentarlos á sus medios favoritos de traición, ofreciendo premios al asesinato del primer caudillo, y tentando la fidelidad del comandante de Ulúa con promesas de oro y honores, que aquel honrado militar rechazó con indignación. Los triunfos efímeros de Tolome y el Gallinero aceleraron la ruina de los traidores; y cuando reducidos al último extremo debieron su existencia y consideración política, á la generosidad del libertador, que les concedió en el convenio de Zavaleta más de lo que su audacia se hubiera atrevido á pedir, se prepararon á pagar este señalado beneficio con la execrable felonía que hace ya inevitable su escarmiento y su exterminio. Ligados por los vínculos más sagrados á la obediencia y fidelidad al Magistrado Supremo que la Nación toda eligió para gobernarla, supieron atraerle á sus redes, abusando de su candor y excesiva confianza; y al mismo tiempo que para extraviar la opinión del pueblo cuidaron de proclamar á su general dictador ó jefe supremo de su detestable empresa, se apoderaron traidoramente de su persona desde el punto que se desengañaron de que no admitía otro poder que el derivado por las leyes.

¡Mexicanos! Si con tanta justicia nos gloriamos de fieles á nuestras leyes y amantes de nuestras instituciones populares, he aquí la mejor ocasión de acreditarlo. Las bases más sagradas de nuestro sistema han sido atacadas en la persona del Presidente; la majestad del pueblo se ve ultrajada en los procedimientos horribles que le han privado de la libertad. Nuestra existencia misma está amenazada, porque tan enormes crímenes no se cometen sin grandes impulsos y sin intereses muy avanzados. Estos son los de volvernos á la servidumbre antigua, y restablecer con más rigor el imperio de España, incompatible con la existencia del que humilló su orgullo y desconcertó los cálculos de sus agentes en las orillas del Pánuco. Unámonos, pues, en la defensa de la causa más justa en que pueden verse empeñados el honor y dignidad de un gran pueblo, si no queremos ser borrados para siempre de la lista de las naciones.

México, Junio 12 de 1833.— *Valentín Gómez Farías.*

~~~~~

**MANIFIESTO DEL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS,  
A SUS CONCIUDADANOS.**

Poco más há de un mes que, violentando mis naturales inclinaciones, tomé sobre mis hombros el grave peso de la Administración pública; y en tan corto tiempo se han

atropellado los sucesos, y desarrolládose extensas maquinaciones contra la patria. Aunque al separarme de mi retiro preveía que, no calmada la agitación de los espíritus, era posible y fácil que volvieresen á encenderse los combustibles que una larga serie de reacciones ha acumulado en nuestro país, me lisonjeaba de que el escarmiento de los inmensos males de la guerra civil, llegara á poner de acuerdo á todos los mexicanos sobre las conveniencias de la paz. Había formado la resolución de interponer la autoridad suprema que se me había confiado, entre los partidos beligerantes, oír sus quejas, erigirme en árbitro pacífico de sus desavenencias y obrar para con todos con absoluta imparcialidad, dispensarles justicia conforme á las leyes, y hacer triunfar los principios salvadores de la sociedad. Con estas intenciones, con la preferente de procurar que la libertad se afianzase en el orden público, formé un plan administrativo cuya base era el olvido de lo pasado hasta aquí, la regularidad en todas las operaciones, indulgencia para con los errores, moderación en todos los actos del Gobierno, firmeza y dignidad en ellos. Ofrecí mi palabra como una garantía, y esta promesa debió inspirar confianza, porque nunca he mentido á mis compatriotas, porque había llegado á un puesto de sublime honor en el que no existe medio entre el oprobio y la virtud.

En los pocos días de mi gobierno, en que se permitió al pueblo los beneficios del reposo, cuidé de realizar las esperanzas que los buenos mexicanos habían concebido, y de que ni un solo hecho se marcara con la nota de prevención ó encono. Jamás ha existido un Gobierno más tolerante ni más conciliador que el creado por el triunfo del pueblo y su libre voluntad en Abril del presente año. El abuso, sin embargo, de una generosidad que no ha conocido límites, revela, muy á pesar mío, que no puede haber paz con los que no quieren paz, y que solamente una inflexible severidad es bastante para escarmentar á los que proyectan el exterminio de la grande nación que los sufre por desgracia en su seno.

Diestros algunos hombres en el manejo de la intriga, sin otras esperanzas que las del desorden, enemigos implacables de la existencia nacional, vengativos por sistema, anarquistas por cálculo y por despecho, se sirven con incansable astucia de todos los elementos de desunión que las circunstancias ponen á su arbitrio. Aun no apagado el fuego de la discordia, fresca la memoria de agravios recíprocos y de esperanzas burladas, consiguieron, sin grandes esfuerzos, renovar la lucha, esa lucha que se presenta y se provoca en los momentos más felices para establecer la mutua concordia y benevolencia. Conocedores profundos de los resortes que pueden extraviar la opinión y conmover los ánimos, los manejan á su antojo, y seducen al pueblo hasta el punto de lograr sacrificarlo por su misma mano.

No se oculta á los que meditan acerca de tantos extravíos, que existen desde que se conquistó la independencia no solamente conatos para destruirlo, también conjuraciones abiertas, y un sistema combinado de iniquidad y de perfidia para cansar al pueblo de la anarquía, y someterlo con facilidad á un tirano. Apenas se vencen unos riesgos cuando ocurren otros. Maravilloso es que la Nación se haya sobrepuesto á ese cúmulo de dificultades, y que aun conserva vigor para superarlas todas.

Estas tristes verdades se acaban de manifestar en la revolución que comenzó en Morelia, y que se ha propagado á algunos otros puntos sin verdaderos motivos. La conjuración ha tenido por apoyo el candor del pueblo, por motores á los enemigos de todo sistema razonable de gobierno y de la prosperidad de esta Nación, tan merecedora de otra suerte. Hoy se invoca un pretexto; mañana se apellidará otro, con tal que reine la

confusión y puedan agolparse males sobre males. ¿Quién no observa, quién no conoce la mano que dirige estos movimientos tumultarios? La servidumbre antigua se ofrece como un recurso de desesperación. No puede ser otro el objeto de entregarnos al yugo de un extranjero. Se maquina desde lejos con nuestras libertades, y los agentes obran muy de cerca. No me fundo en simples conjeturas: hay un verdadero peligro de que sea combatida la independencia, y este es grave si el pueblo no se une y se concentra.

El plan que un subalterno del Ejército proclamó en Morelia, se trazó por quienes están penetrados de las ventajas de obrar sobre la imaginación de un pueblo inocente, y que por una cruel experiencia saben que se le arrastra tan presto como se le engaña. Para una nación piadosa es su religión, y debe ser, el primer interés: decirle que su creencia se ataca es alarmarla, es excitarla á una guerra religiosa, la más peligrosa de todas las guerras, la mayor de las calamidades públicas. La fuerza y la violencia no son los medios que el celestial autor del Evangelio ha señalado para el sostén de su obra privilegiada. En los primeros tiempos de la Iglesia, cuando se conservaba en toda su pureza la palabra que Jesucristo comunicó á sus apóstoles, la congregación de los fieles sobresalía por su mansedumbre, por su resignación y sufrimiento, á pesar de la sangrienta persecución que sufría por los tiranos de Roma y sus procónsules. Pero corriendo los tiempos han pretendido algunos desnaturalizar una religión toda de paz y de dulzura, para que se degüellen entre sí y se exterminen los que siguen por fortuna el estandarte de la cruz; en que Dios murió para que todos viviésemos. Entre nosotros no habían tomado nuestras disensiones civiles este funesto carácter, hasta que agotados los medios de seducción fué preciso á los agentes de nuestros disturbios llamar en su apoyo á la religión de que abusan, á la que insultan y envilecen, para hacer triunfar sus miras exclusivamente políticas. Dando una ojeada á otros países de la comunión católica, hallaremos que en nuestra nación se conservan más que en ellos los sentimientos religiosos, y que por más que se pondere los extravíos en materia tan esencial, se injuria á la Nación mexicana anunciando temores de que sea susceptible de variaciones perniciosas, en que nadie piensa. Una injuria se infiere, y muy gravé, á las autoridades que presiden á los destinos de la República, suponiéndolas capaces de combatir una doctrina que les sirve de sostén, porque en ella se recomienda la obediencia de los poderes existentes. Por lo que á mí toca, me considero ofendido en que se apele á las armas para defender lo que ninguno combate, y para lo que bastan los recursos constitucionales que la ley me concede.

Apenas llegaron las noticias de nuevos pronunciamientos en Tlalpam y Chalco, dispuse, previa la licencia del Congreso, mi salida á la cabeza de una división para sofocarlos, y aún más, para que por ese testimonio solemne de desaprobación á un plan en que se invocaba mi nombre, conociesen prácticamente los pueblos, que se valían de él solamente para extraviarlo. Pero cuando ví que esa misma división puesta á mis órdenes, sustrayéndose á la obediencia que la ley le impone, faltando á sus deberes constitucionales, sin poder alguno de la Nación, ofrece una vergonzosa dictadura al Magistrado Supremo de ella, no pude dejar de estremecerme de indignación y horror.

Han olvidado sin duda los malvados directores de la revolución, que sacrificando hasta los sentimientos de mi gratitud para con el Héroe de Iguala, fuí el primero que reclamó los derechos augustos de la Nación en Diciembre de 1822 y de los primeros que proclamó el sistema federal, como el único de salud, y el más digno de ser adoptado para atender á nuestras necesidades y afianzar irrevocablemente una libertad mo-

derada y justa. Jamás me he desviado de este propósito, ni he dejado de hacer la guerra á los tiranos. Amigo de la libertad por convencimiento y por inspiración, no he apetecido otra gloria que la del buen ciudadano, ni me lisonjean los atributos de otra autoridad que los de la emanada de la ley. Proclamar que los mexicanos no pueden ser regidos más que por un tirano, es decir al mundo que no pertenecen á la civilización, que no pueden ser gobernados por principios y por leyes, y que el yugo deba abatir esas nobles frentes, tantas veces coronadas con el laurel del triunfo. Aunque sea doloroso llegar hasta este extremo, estoy necesitado á declarar solemnemente, que aborrezco á la dictadura militar, porque es la misma tiranía disfrazada con un nombre que no entiende el pueblo: que estoy resuelto á combatir como Presidente, como general y como soldado, al infame que en un exceso de locura pretenda tomar para sí, ó dar á otro, el dominio absoluto de un pueblo libre y merecedor de serlo.

Declaro por último, que considero la dictadura que me fué ofrecida, como la de Sila y la de Mario, y que siempre he de tener por modelo el de Washington, el más virtuoso de los hombres, el fundador de la libertad en el continente americano. Mis conciudadanos quieren libertad; la tendrán, porque consecuente á mis antiguos principios he de combatir á la tiranía, sean cuales fueren los pretextos de que se sirva, sea cual fuere la máscara con que se pretenda cubrir. Yo jamás seré el opresor de los mexicanos.

Acabo de dar una prueba de la firmeza con que he adoptado estos principios, prefiriendo una prisión, y resolviéndome á sufrir la misma muerte antes que escuchar los halagos de una corta división seducida y engañada. Ignorante de la suerte que pudiera prepararme mi resistencia, no me atormentaba otra idea que la del abuso que se hacía de mi nombre para atraer al Ejército y sorprender al pueblo. Pero la Providencia, que conoce la rectitud é inflexibilidad de mis intenciones, ha puesto otra vez en mis manos esa espada que he hecho pesar en todas épocas sobre el cuello de los tiranos. Escapado por favor del cielo de las asechanzas que se urdieron contra mi pundonor, mi libertad, y quizá mi vida, he vuelto al desempeño de mis difíciles obligaciones, con el ánimo resuelto de no perdonar arbitrio, medio, ó recurso, á fin de poder asegurar en breve tiempo, que *reina la concordia entre una mayoría inmensa de ciudadanos.*

Para esto es necesario que el interés de la patria, y nomás el de la patria, presidan en todas nuestras deliberaciones. Es indispensable que el pueblo desoiga todo pretexto, que se arme en masa, si fuera preciso, para salvar la libertad que Dios nos ha dado, y de que ningún poder humano será bastante para despojarnos. He dicho á la faz del globo, *que mi administración será dulce*; pero la traición y la perfidia no dejarán por esto de recibir su severo escarmiento.

México, Junio 18 de 1833.—Antonio López de Santa-Anna.

#### EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, AL EJERCITO DE SU MANDO.<sup>1</sup>

¡Soldados! En medio de las aficciones que en estos últimos días han pesado sobre mi corazón, porque os he visto padecer de una manera extraordinaria, vuestro heroico comportamiento ha mitigado mis penas; y es un deber bien dulce para mí el manifestaros mi entera gratitud.—Una plaga asoladora que el Asia vomitó sobre la Europa,

<sup>1</sup> Ejercía el Poder el Vicepresidente de la República.

y que de allí pasó por desgracia á nuestro continente, en muy pocos días ha arrebatado á la patria muchos miles de sus defensores. El deber militar nos llamó al Estado de Guajalajara para protegerlo contra la invasión de los enemigos del reposo público; y cuando íbamos á dar el último golpe á la revolución, la cruel epidemia pasaba en toda su fuerza sobre las poblaciones del tránsito, y descargó su furia en vuestras filas. He admirado vuestra subordinación, vuestro sufrimiento en las penalidades que nos han agobiado, y la resignación que habéis manifestado cuando la peste desoladora arrebató á cada instante á nuestros camaradas. Nada ha arretrato vuestro probado valor; y con constancia heroica y vivo entusiasmo, os he visto anhelar por el momento en que podríais llegar á las manos con los enemigos de las leyes y de las instituciones.

¡Mis amigos! Vuestra conducta os hace honor; y al dar cuenta al Gobierno de vuestro comportamiento, me ha sido muy grato decir: "Para llenar sus deberes con la patria, Generales, Jefes, Oficiales y tropa de este Ejército, desprecian la muerte obscura y cruel que á cada instante los desanimaba: no puedo ser insensible á tanto sacrificio; y queriendo conservar los restos de este valiente Ejército, contramarché á Querétaro, siendo sólo entonces cuando el disgusto se notó en los semblantes."

¡Compañeros de armas! Estamos ya en cuartel: el reposo nos repondrá muy pronto, y si al terminar la epidemia aun quedasen algunos revoltosos, que hoy sufren igualmente todo el peso de su rigor, marcharemos de nuevo contra ellos, hasta obligarlos á entrar al orden, ó exterminarlos para dar paz á la República, según lo exige nuestro deber, contando con que en todas ocasiones participará de vuestros riesgos y fatigas vuestro amigo y General.

Cuartel General en Querétaro, Agosto 10 de 1833.— *Antonio López de Santa Anna.*

#### EL VICEPRESIDENTE DE LA REPUBLICA A LOS HABITANTES DE MEXICO.

¡Mexicanos! Cuando por resultado de la infatigable vigilancia del Gobierno, fué sorprendido en medio de las tinieblas de la noche el malvado corifeo Escalada, que favorecido de ellas se había introducido clandestinamente en esta Capital, para preparar y poner en ejecución el horroroso plan de la destrucción de la República, llevaba en su seno los documentos irrefragables de tan criminal maquinación; y el Gobierno pudo cerciorarse por ellos de que el objeto de aquel cabecilla acordado con un corto número de traidores, en cuyos cálculos había locamente confiado, era excitar un alboroto interior al tiempo mismo que el bandido Serrano se acercase con su corta é indisciplinada gavilla á favorecer sus intentos por el rumbo de Guadalupe. El Gobierno conjuró sin esfuerzo aquella mal fraguada tempestad, y creyó que el escarmiento de Escalada sería una lección enérgica para sus instigadores que desde la obscuridad de los encierros en que por sus delitos se hallan relegados, no cesan de conspirar la ruina de una patria á quien sólo están unidos por los vínculos de las leyes que tiene destinadas al castigo de los delincuentes. Mas obstinados en su propia perdición y abusando de las consideraciones que hasta ahora se les han dispensado, persisten tenaces en su descabellado proyecto; á cuyo fin han vuelto á llamar á las inmediateces de esta capital las impotentes fuerzas del mismo Serrano, que batidas, dispersas y escarmentadas recientemente

te, apenas han podido dar algunas señales de vida á virtud de las instigaciones de los maquinadores, prácticos en las artes del engaño, la seducción y la intriga. Una partida despreciable, compuesta de hombres, ignorantes del objeto con que se les conduce, inermes aterrorizados y más dignos de compasión que de cuidado, son todos los recursos con que los amigos de la tiranía se proponen derribar un gobierno cimentado en la voluntad de más de siete millones de habitantes. En tal extremo de delirio no queda ya otro arbitrio que desplegar todo el poder que el pueblo ha puesto en las manos de sus mandatarios; y fiel á este sagrado deber en que por sus votos me veo constituido, afianzaré el orden público con el castigo de sus perturbadores, haciendo sean condenados á la pena capital debida á sus delitos, en el instante mismo que éstos sean descubiertos por cualquiera de los medios que permitan las circunstancias. El Gobierno tiene inscritos sus nombres en el libro de los enemigos de la Nación, sigue todos sus pasos, asiste á sus tenebrosos conventículos, sabe los secretos de su iniquidad, y apenas éstos sean manifestados por las señales exteriores de la más pequeña convulsión, la severidad de las leyes acudirá luego á reprimirla. Entretanto descansad tranquilos, oh ciudadanos fieles y pacíficos: vuestras vidas, vuestras propiedades, vuestra libertad serán conservadas: cerrad los oídos á las mentidas noticias que como parte del plan de trastorno ó subversión, se hace correr con indisimulable estudio y afectación, hasta el extremo de dar por supuesto el pronunciamiento de las tropas que manda inmediatamente el Excelentísimo Señor Presidente, cuando por sus últimas comunicaciones acabadas de llegar, y que verán muy pronto la luz pública, se acredita la incorruptible fidelidad de aquella valiente división y sus ardientes deseos por dar el último golpe á las desordenadas cuadrillas que en muy corto número siguen aún las ignominiosas banderas de Arista y Durán. La justicia va á quedar muy en breve satisfecha, y los que han provocado su rigor, sólo tendrán que quejarse de su insordecencia y protervia.

México, Septiembre 16 de 1833.— *Valentín Gómez Farías.*

#### EL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, GENERAL EN JEFE DEL EJERCITO FEDERAL, A LOS SOLDADOS DE SU MANDO.<sup>1</sup>

¡Soldados! Marchemos á poner término á la guerra, que no puede conservarse más tiempo sin escándalo del mundo civilizado. En esta guerra de ignominia para sus autores, se aspira á despojar de sus derechos y de sus títulos de gloria á un pueblo bueno y generoso. El conato de los enemigos de la paz y de las instituciones, es retrogradarnos al estado de vértigo y de incertidumbre de que fuimos sacados por la previsión de los legisladores de 1824.

Destruir el sistema federal por los males que la Nación ha sufrido desde aquella época, sería desconocer su verdadero origen, y que éste no ha sido otro que las pasiones empleadas de modos tan varios para entorpecer los beneficios que la Ley fundamental nos prometía. Si la Nación hubiera disfrutado de una larga paz, si una felicidad tantas veces esperada y tantas combatida, se hubiera dejado gustar á los mexicanos, hoy bendecirían, sin duda, la clase de gobierno á que se adhirieron con el entusiasmo más claro y pronunciado. Los pueblos lamentan, no la adopción del mejor de los sistemas, no el

<sup>1</sup> No ejercía el Poder el Presidente López de Santa-Anna.